

tra ante este dilema: abandonar temporalmente á su hijo ó perecer de hambre? ¡Pobres madres!

La pluma ha corrido, lectoras mías, é inconscientemente me he apartado de mi programa; pero para contentaros, haré un esfuerzo é imitando lo que se hace con los instrumentos de música, obligaré mi plática á higiene; vais á verlo.

La Higiene cuida entre otras cosas de la mejor manera para conservar la especie humana; ¿no es cierto? La clase obrera por la razón que he procurado bosquejar y por otras muchas de que no me atrevería á hacer el boceto, arroja un contingente muy considerable en las estadísticas de esterilidad, consecutiva á enfermedades de la cintura, y de la mortalidad en los niños pequeños; ¿concedéis? luego os he hablado en nombre de la Higiene; y también en su nombre os hablaré de un medio que hay para que la obrera pueda conciliar el cuidado de su hijo recién nacido y la asistencia al taller en donde gana un pan cotidiano.

Existen en Europa sociedades protectoras de la infancia que se encargan de llevar á domicilio recursos para las obreras que por estar en la convalecencia de su alumbramiento no pueden trabajar, y estos auxilios son impartidos sin distinción de religiones ni estado civil. Existe también la costumbre en algunos dueños de talleres, de continuar pagándoles á las obreras su jornal hasta que el médico declara que están en condiciones de volver al obrador. También en Europa hay establecimientos en donde se reciben á los niños desde los pocos días de nacidos hasta la época del destete, y allí son cuidados durante el día y alimentados por nodrizas, dejando así á las madres obreras el tiempo libre para trabajar, y sin privarlas en la noche de las caricias y compañía de sus hijos. Algunos de estos establecimientos son gratuitos, sostenidos por asociaciones piadosas ó por el Municipio; en otros exigen una pequeñísima retribución que las obreras pueden satisfacer. Algunos industriales ricos han creado en el interior de sus fábricas ó talleres, un departamento especial en donde la obrera deja á su hijo al cuidado de mujeres pagadas con este objeto y la madre puede cada dos ó tres horas ir en busca de su niño para alimentarlo. De esta manera la obrera trabaja tranquila y no desatiende los principales deberes de una madre. — MADRESELVA.

(Continuará).

LOS DIAMANTES

¡Cuán bellas son estas piedras, y qué traidoras! En sus facetas irradian los colores del iris; ¡cómo fascinan con su brillo, parece que en su inmovilidad se burlan de las miradas codiciosas y ardientes que se las dirigen. La mano del artista se complace en darles las más delicadas figuras en sus múltiples formas. Ya es la mariposa de tenues y vaporosas alas, ya la flor, también el rico y elegante relicario, que guarda la memoria de un sér querido; ó la serpiente que tentadora una vez más, viene á oprimir el brazo

mórvido de la mujer. La desgraciada obrera los contempla, y su pensamiento alcanza hasta su pobre habitación. Una sola de esas piedras preciosas bastaría á sacarla de la miseria, y del ímprobo trabajo en que por fuerza se encuentra sumergida; en tanto que la joven rica y aristocrática, espera anhelante el momento de poder lucir en la escultural garganta, el hermoso collar con que su prometido la obsequiara el día feliz de su Himeneo, satisfaciendo su vanidad. ¡Cuántos suspiros y cuántos deseos habrán inspirado! y cuántas veces habrán sido causa de la pérdida y la ruina del hogar!

Y á pesar de esto, ¿qué es el diamante? Una de tantas producciones de la Naturaleza; carbón cristalizado nada más, según los experimentos hechos hasta el día, y de los cuales no se puede dudar.

Pero en esto mismo consiste su valor, y el aprecio con que se le ve, pues aunque se ha logrado falsificarlo, esto dista mucho de su belleza natural. Las formas que se le han dado hasta la época presente, son dos, la de rosa que data poco más de dos siglos, y la del brillante. Esta última se adoptó en Francia en tiempo del Cardenal Mazarino, el cual mandó tallar doce piedras, que llevaron el nombre de los doce Mazarinos, perteneciendo después á la corona.

Los criaderos diamantíferos más ricos del mundo, se encuentran en la India, el Brasil y la Siberia. En la India los más hermosos se hallan en la provincia de Golconda. En la Siberia, cerca de los montes Urales. El Brasil es el que tiene los mejores de estos ricos criaderos. En los Estados Unidos los hay en la Carolina del Norte, pero jamás pueden competir con los primeros que hemos mencionado. En la India casi es libre la busca del diamante; no así en el Brasil, que considerándose las minas propiedad del Imperio, estas se explotan y trabajan por cuenta del Estado. La gente de color es la que se emplea en dichas minas, para lo cual se le sujeta á una rigurosa vigilancia por medio de los capataces ó celadores. Si se encuentra alguna piedra de valor, se les recompensa con un premio, ó bien se les concede la libertad. Muy al contrario si hay sospecha de ocultación; entonces sufren los castigos más horribles, siendo uno de ellos el emético ú otra sustancia análoga, para hacerles arrojar cuanto han tomado, pues generalmente se tragan las piedras. De aquí que tienen prohibición expresa de llevarse las manos á la boca. Trabajan desnudos sin más abrigo que una enaguilla que llega á medio cuerpo. Hasta hoy los tres diamantes más notables que existen son: *Kohinoor* ó Montaña deluz, que es del tamaño de un huevo de gallina trozado en su parte media; pertenece á la corona de Inglaterra y está valuado en 83,232 libras esterlinas. *Orloff*, perteneciente al Gobierno de Rusia, y el *Regente*, al de Francia. El primero vale 92.582,901 francos, y el segundo fué comprado por el Duque de Orleans, entonces Regente, tomando por esto su nombre. Se dice que es del tamaño de un huevo de pichón, y si no es superior á los otros en tamaño, sí lo es por su bella forma y admirable limpieza. Se le dió por él á un Inglés llamado Pitt la suma de dos millones cincuenta mil francos.

Del *Orloff* se refiere la siguiente anédocta: Habiendo en Pondichery una guarnición francesa, llegó á oídos de uno de los soldados, que en un templo de aquel país, el dios Brahma, tenía por ojos dos magníficos diamantes. La avaricia lo tienta, desea poseerlos, y al efecto se deserta, huye y es admitido en la religión de los Indios; los edifica con su